

L A POESIA DE JOAQUIN PASOS (NICARAGUA 1914-1947)

Si hubiera necesidad de ejemplificar la incomunicación cultural que aún hoy padecen los pueblos latinoamericanos, tal vez habría que elegir el nombre de Joaquín Pasos, poeta nicaragüense, nacido el 14 de mayo de 1914 y muerto el 20 de enero de 1947. Poco antes de morir, Pasos escribió uno de los más hondos y auténticos poemas creados en América Latina: *Canto de guerra de las cosas*, que podría soportar sin menoscabo el riesgoso co-tejo con *Sermón sobre la muerte* de César Vallejo, *Alturas de Macchu Picchu* de Pablo Neruda o *Soliloquio del individuo* de Nicanor Parra. Sin embargo, Pasos es sólo conocido en México y la zona del Caribe, y aún allí la difusión no es muy amplia...

Mario Benedetti

Yo he visto entre los papeles de Joaquín un cuaderno de versos de su infancia... Son versos románticos, pero no son malos, pues Joaquín nunca escribió versos malos. Decía él en uno de esos versos a los trece años:

*Yo moriré de angustia alguna noche, alguna...
Moriré de amar tanto...*

Ernesto Cardenal

Joaquín Pasos comenzó a escribir buscando decir una cosa distinta de lo que escuchaba. Perteneció a una generación martirizada sobremanera por la palabra, una generación "ingrime" pues ni siquiera tuvo precursores, y que se vio obligada a abrirse paso con una esgrima incesante y dolorosa contra todo lo ambiental, capitalizado por las letras llamadas entonces "patrias". Pertenecimos ambos, dicho con otras palabras, a una generación que tuvo que crearse, al nacer, su propia madre. No teníamos Patria ni Matria. No teníamos leche para el hambre y la sed espantosa de una infancia infatigable. La loba romana, recetada por Rubén, pudo auxiliarnos en la primera y más efectiva soledad gracias a la educación clásica de los Jesuitas. Pero ellos nos dejaron en el siglo XVIII. Allí, al borde de esa fría centuria, fue donde encontré por primera vez a Joaquín Pasos, procurándose caminos. Creo que desde ese año Joaquín abandonó su biografía, creándose otro mundo que pudiera contener sus rutas. No volvió a ocupar —salvo raras excepciones— su otro transcurso corriente por la vida. Entonces, como niño, podía con gran facilidad arrastrar consigo a su persona y ayudarse de ella para los escándalos, las actitudes, las alegres posturas radicales de todo comienzo convencido y revolucionario. Fundamos la "Anti-Academia de la Lengua" con un manifiesto que ya revelaba nuestra necesidad poética de maternidad nacional. Me parece mentira el largo, serio y honrado programa de labor cultural que en ese documento proyectamos muchachos de dieciséis a diecio-



cho años, huérfanos de tradición y guiados solamente por ese mismo vacío, que nos obliga a destruir para construir algo soportal y básico para nuestra propia creación. Aquel manifiesto, colocado contra lo conocido, pero reposado en el deseo puro de reconstrucción de lo desconocido, fue nuestra señal de partida y el único mojón indicador en el mapa fugitivo de Joaquín Pasos.

Pablo Antonio Cuadra

Joaquín trabajó también en una página literaria, "Los Lunes de La Prensa", en la revista 1938 que dirigió con Ordóñez Argüello, y después en "Los Lunes de la Nueva Prensa", una revista humorística dedicada casi exclusivamente a atacar a Somoza. La hacían con él el poeta Manolo Cuadra, los humoristas GE ERRE ENE y Alejandro Cuadra, y el caricaturista Toño López. Somoza era también humorista (uno de los pocos tiranos jocosos que ha habido), pero nada le irritaba tanto como el que lo atacaran con el humor. Y el pueblo nicaragüense es también muy humorista y se defendía con la burla, del tirano que se burlaba del pueblo. Joaquín Pasos era muy nicaragüense y muy humorista y fue uno de los principales opositores de Somoza usando únicamente como arma el humor y la risa. Estuvo en las cárceles de La Aviación y el Hormiguero. "Los Lunes" eran suprimidos, pero después volvían a salir y la gente estaba desde muy temprano en las calles, en las mañanas del lunes esperando su salida.

Joaquín inventó, antes que nadie, un aparato encendedor y apagador cronométrico del radio. El dictamen de los técnicos de la oficina de Patentes fue de que era de inmediata aplicación. Él iba a organizar una compañía para comercializarlo, pero no la organizó nunca.

Joaquín fue muy alegre, y en algunas ocasiones, bohemio. Se dio a la vida de juerga más de lo que su organismo delicado podía resistir, aunque también fue siempre profundamente religioso. En esa vida derrochaba todo su dinero sin importarle el día de mañana y derrochaba su imaginación y su ingenio y su tiempo y su salud. Derrochó su vida, y tuvo una temprana muerte.

"Moriré de amar tanto", había dicho proféticamente a los trece años. Los últimos años llevó una vida más seria, pero el organismo lo tenía minado. Fue empeorando lentamente. Murió el 20 de enero de 1947 a la una de la madrugada, cuando tenía treinta y tres años. "Los Lunes" habían salido a las 12 del día y como él era el director estaba esa tarde en su cama haciendo las cuentas de la ganancia de la edición. Entró su hermano Luis y le dijo: "Cómo piensas en eso cuando debieras pensar en Dios. No debemos engañarte: te estás muriendo." Joaquín preguntó a su madre: "¿Es verdad lo que me dice Luis, que me voy a morir pronto?" Ella le respondió: "Sí hijo." Y luego exclamó: "Dios me lo dio, a Dios se lo devuelvo." Joaquín quedó callado un rato. Luego le dijo: "Poneme enfrente el crucifijo." Eran las 7 de la

noche, 6 horas antes de su muerte. Desde entonces quedó mirando todo el tiempo el crucifijo hasta que murió. Manolo Cuadra dice que poco antes de morir le oyó decir: "Todo está preparado." Y también: "No hay nada que temer." A su madre le había dicho antes —porque tenía el pecho lleno de medallas: "Tengo más condecoraciones y medallas que Somoza, y más valiosas." Fue enterrado con un crucifijo y un escapulario.

Su muerte la sintió todo el pueblo de Nicaragua. Cuando lo llevaban a enterrar a Granada un hombre humilde en la carretera vio la comitiva de automóviles y preguntó qué pasaba. Un periodista le dijo: "Murió Joaquín Pasos y lo llevamos a enterrar a Granada." "¡El de Los Lunes!", exclamó el hombre. Era un hombre del pueblo que nadie sabía quién era y que quedaba apesadumbrado en la carretera.

Ernesto Cardenal

Donde más encuentro esa impresión de redención del mundo, ese afán de salvar una amada y nostálgica armonía del universo —pasión cristiana de traer el cielo, "el reino" a la tierra—, es en el último poema de este libro: *Canto de Guerra de las cosas*. Antes de leerme su canto, Joaquín me dio cierta explicación que por el momento no entendí. *Se trata, en principio, de la cosa gastada, la cosa baldía. The waste thing, como diría T. S. Elliot. Esa cosa, pero en rebelión. El dolor humano producido por el quejido de las cosas...* Luego se rió (siempre se reía antes y después de un poema), y agregó: *Tiene la técnica admonitiva y la estructura de un sermón. Este poema está calcado en las reglas clásicas de la oratoria sagrada. Lo curioso es que esa misma textura ha dado a sus pausas los variados paréntesis del sacerdote en el púlpito: para arreglar la estola, para enjugarse con el pañuelo, para sobarse las manos, etc...*

Después de estas palabras sugerentes, escuché yo realmente a un extraño fraile que hablara desde un caracol, que gritara desde una dalia abierta en púlpito, su llanto paulino, su dolorosa maldición por el sacrilegio del hombre dominado por la guerra? ¡He aquí un poema de esta guerra, el primer poema que regresa herido de la guerra!... ¡He aquí hasta dónde puede triturar y quemar a un corazón lejano, que ha intervenido en la contienda alistándose en la sustancia del mundo, el propio fuego de la trinchera y el golpe de la muerte, y de otras muertes más desintegradoras aún! Joaquín Pasos también se ha ido de sí a la guerra, y no regresa "pacifista" ni "militarista", ni "democrático", ni "revolucionario". Vuelve con la propia guerra en una gran oquedad a través del pecho, por donde pasa hacia el precipicio toda la consternación universal. Vuelve como un cristiano mutilado, superior a su sufrimiento, enseñando, no sólo en lo suyo personal sino en toda cosa, su amor a su materia, a su universo, a su mundo co-redimido pero desordenado por el estrago furioso del pecado del hombre. Vuelve como un mártir



inenarrable que sufriera no sólo la pedrada sino la ofensa de la piedra, no sólo la herida sino también la servidumbre de la espada, no sólo crucifixión de la mano sino hasta el humillante orificio de la madera perforada también por el clavo! Las figuras atravesadas, enloquecidas —como en ciertas perspectivas dolorosas y casi apocalípticas de su fraterno Chagall—, no producen, sin embargo, esa violenta campaña de protesta de otros cantos bélicos. Hay solamente una queja perceptible de las cosas que gimen el gemido del cordero. Un gemido de espera, de ansia; que San Pablo ya había escuchado en la plenitud de los tiempos: “Así las criaturas y las cosas todas están aguardando con ansias y como en dolores de parto la manifestación de la Gloria de Dios. Porque se ven sujetas a la mudanza y al despojo, no de grado, sino por causa de aquel que les puso tal sujeción, con la esperanza de que ellas también serán libertadas de esa servidumbre a la corrupción para participar de la libertad y gloria de los hijos de Dios.”

Joaquín conocía esta misteriosa frase de Pablo. Es la sustancia de su último canto. Sólo que su palabra, teñida por el doloroso calor de nuestro tiempo, matiza su esperanza del todo angustioso que ha cubierto de ceniza la filosofía de nuestra época, a veces hasta ahogar al hombre. Heidegger, Kierkegaard, Unamuno pasan en el trasfondo de su visión doliente y apocalíptica. Pero hay una liberación en la palabra de Joaquín, una resurrección paulina, limpiamente cristiana, del hombre que no se deja arrollar por la abominación de la desolación. El hombre, al final

del poema, asomándose a su propia muerte mira desde otro mundo y dice:

“Todo se quedó en el tiempo. Todo se quemó allá lejos.”

El poeta ha saltado a la eternidad. Y en esta inmunidad implícita queda confesa su esperanza.

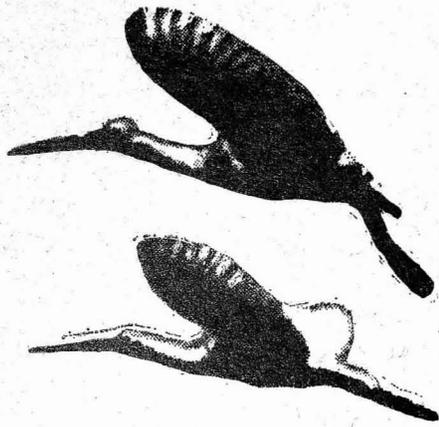
Este es el mapa poético-biográfico de Joaquín Pasos. Su amor, su fe, su sueño, sus viajes (los viajes de este poeta que compraba libros y los marcaba con los lugares que en ese momento recorría en sueño: Roma, Berlín, Oslo . . .), su pasión, su muerte, se desarrollan detrás de sí mismo a través de otro YO cuya huella es viva poesía.

A través de sus poemas vemos acercarse a la muerte. Él mismo la vio acercarse con esa sensación de inquietud que produce el vaticinio. “Fijate —me dijo— la última tarde antes de que yo partiera a México— cómo mis poemas van entrando cada vez más a la muerte. Estoy asustado.”

“Darum ist der Güter Gefährlichste,
die Sprache dem Menschen gegeben,
damit er zeuge, was er sei”, cantó Hölderlin.

“Para esto ha sido dado al hombre el lenguaje, el más peligroso de todos los bienes: para que manifieste lo que es.”

Pablo Antonio Cuadra



LOS INDIOS VIEJOS

Los hombres viejos, muy viejos, están sentados
junto a sus cabras, junto a sus pequeños animales mansos.
Los hombres viejos están sentados junto a un río
que siempre va despacio.

Ante ellos el aire detiene su marcha,
el viento pasa, contemplándolos,
los toca con cuidado
para no desbaratarles sus corazones de ceniza.

Los hombres viejos sacan al campo sus pecados,
éste es su único trabajo.
Los sueltan durante el día, pasan el día olvidando,
y en la tarde salen a lazarlos
para dormir con ellos calentándose.

CANCIÓN DE CAMA

Este gozo de alcoba, tan de lino, lleno de sábanas,
este palpitar de almohadas bajo las sienes dormidas,
este nuevo llegar hasta el corazón de la cama
y luego saber que el pie, la mano, lo que a uno le queda
de pecho, busca, dice, escribe, grita tu nombre,
y cualquiera siente el momento que se aproxima de morir
acostado.

¿Qué es ésto si no la ausencia de tu sueño,
la pérdida de tu respiración a mi lado?
Se ha perdido ya el hueco de tu cuerpo
que era la voz de tu carne desnuda hablándole íntima-
mente a la ropa planchada,

diciéndole a qué horas el brazo serviría de almohada
y cómo el tibio vientre palparía como otra almohada
viva, funda de seda de nervios y de sangre.

DÍA

Para hacer un día tan lleno de raíces
bastó un árbol.

Para empaparlo en miel dorada y embriagante
bastó una abeja.

Vengo acumulando piedras por si acaso
falta una en la construcción de la torre,
vengo guardando cántaros para cuando
logre derramarse el líquido.

Para hacer un vuelo de nidos viajeros
hoy basta un solo pájaro,
para fabricar un pez
hoy basta el agua.

Gran día de edificios y de montaje de puentes,
de fecundo mugir de vacas
y señales de lluvia.
Día moreno y brillante que me recuerda
mi obligación de cantar.

TORMENTA

Nuestro viento furioso grita a través de palmas gigantes
sordos bramidos bajan del cielo incendiados con lenguas
de leopardos
nuestro viento furioso cae de lo alto.

El golpe de su cuerpo sacude las raíces de los grandes
árboles
salen del suelo los escarabajos
las serpientes machos.

Nuestro viento furioso sigue su camino mojado
es el jugo oscuro de la tarde que beben los toros salvajes
es el castigador del campo.

Los hombres oyen en silencio los gemidos del aire
con el alma quebrada, el cuerpo en alto
los pies y la cara de barro.

Las indias jóvenes salen al patio, rompen sus camisas
ofrecen al viento sus senos desnudos, que él se encarga
de afilar como volcanes.

CANTO DE GUERRA DE LAS COSAS

Fratres: Existimoenim quod non sunt condignae passiones hujus temporis ad futuram gloriam, quae revelabitur in nobis. Nam exspectatio creaturae revelationem filiorum Dei exspectat. Vanitati enim creatura subjecta est non volens, sed propter eum. qui subiecit eam in spe: quia et ipsa creatura liberabitur a servitute corruptionis in libertatem gloriae filiorum Dei... Scimus enim quod omnis creaturae ingemiscit, et parturit usque adhuc.

PAULUS AD ROM. 8, 18-23

Cuando lleguéis a viejos, respetaréis la piedra,
si es que llegáis a viejos,
si es que entonces quedó alguna piedra.
Vuestros hijos amarán al viejo cobre,
al hierro fiel.

Recibiréis a los antiguos metales en el seno de vuestras familias,
trataréis al noble plomo con la decencia que corresponde a su carácter dulce;
os reconciliaréis con el zinc dándole un suave nombre;
con el bronce considerándolo como hermano del oro,
porque el oro no fue a la guerra por vosotros,
el oro se quedó, por vosotros, haciendo el papel de niño mimado,
vestido de terciopelo, arropado, protegido por el resentido acero...

Cuando lleguéis a viejos, respetaréis al oro,
si es que llegáis a viejos,
si es que entonces quedó algún oro.

El agua es la única eternidad de la sangre.
Su fuerza, hecha sangre. Su inquietud, hecha sangre.
Su violento anhelo de viento y cielo,
hecho sangre.
Mañana dirán que la sangre se hizo polvo,
mañana estará seca la sangre.

Ni sudor, ni lágrimas, ni orina
podrán llenar el hueco del corazón vacío.



Mañana envidiarán la bomba hidráulica de un inodoro palpitante,
la constancia viva de un grifo,
el grueso líquido.
El río se encargará de los riñones destrozados
y en medio del desierto los huesos en cruz pedirán en vano que regrese el agua a los cuerpos de los hombres.

Dadme un motor más fuerte que un corazón de hombre.
Dadme un cerebro de máquina que pueda ser agujereado sin dolor.

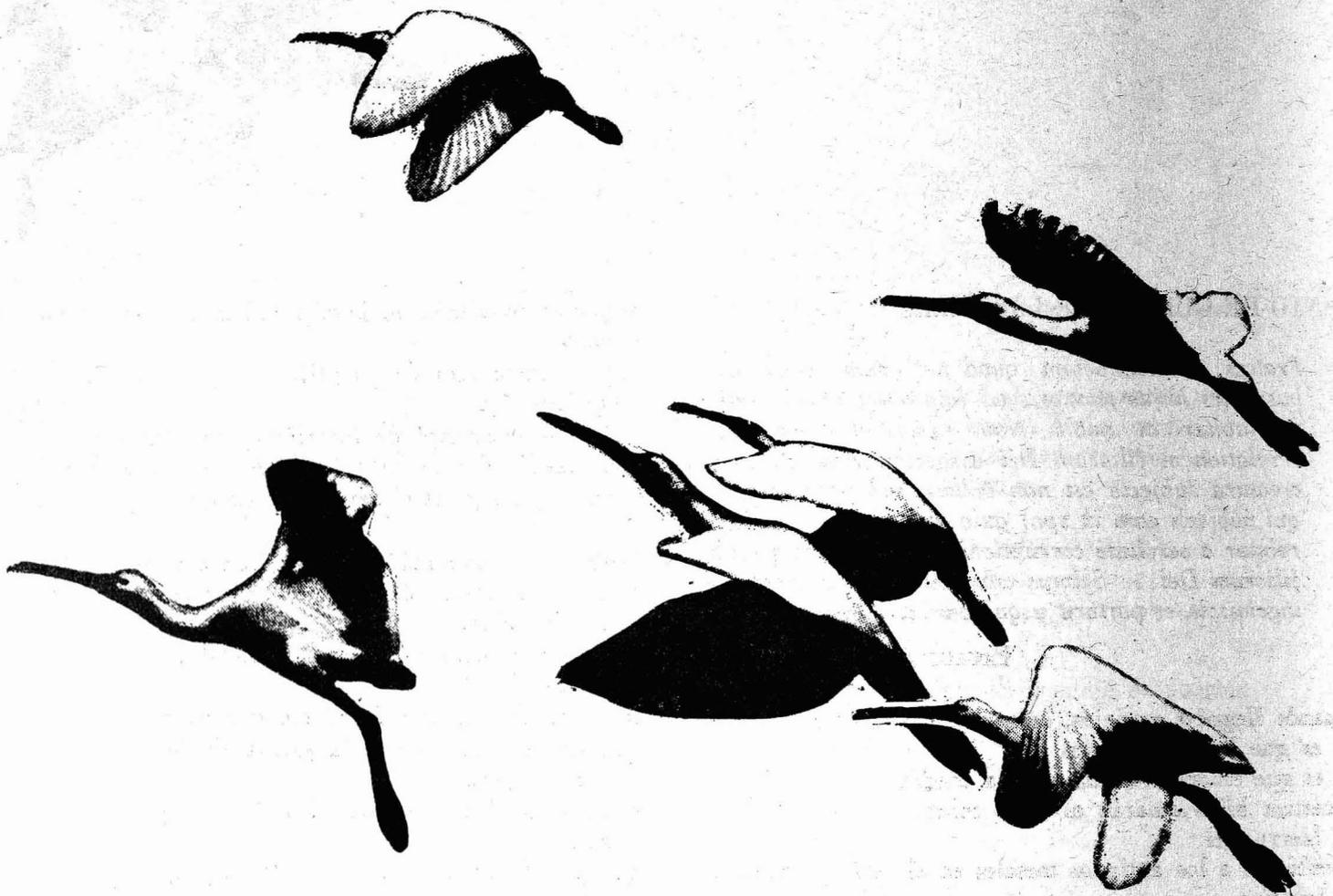
Dadme por fuera un cuerpo de metal y por dentro otro de metal

igual al del soldado de plomo que no muere,
que no te pide, Señor, la gracia de no ser humillado por tus obras,
como el soldado de carne blanducha, nuestro débil orgullo,
que por tu día ofrecerá la luz de sus ojos,
que por tu metal admitirá una bala en su pecho,
que por tu agua devolverá su sangre.
Y que quiere ser como un cuchillo, al que no puede herir otro cuchillo.

Esta cal de mi sangre incorporada a mi vida
será la cal de mi tumba incorporada a mi muerte,
porque aquí está el futuro envuelto en papel de estaño,
aquí está la ración humana en forma de pequeños ataúdes,
y la ametralladora sigue ardiendo de deseos
y a través de los siglos sigue fiel el amor del cuchillo a la carne.

Y luego, decid si no ha sido abundante la cosecha de balas,

si los campos no están sembrados de bayonetas,
si no han reventado a su tiempo las granadas...
Decid si hay algún pozo, un hueco, un escondrijo
que no sea un fecundo nido de bombas robustas;
decid si este diluvio de fuego líquido
no es más hermoso y más terrible que el de Noé,
sin que haya un arca de acero que resista
¡ni un avión que regrese con la rama de olivo!



Vosotros, dominadores del cristal, he ahí vuestros vidrios fundidos.

Vuestras casas de porcelana, vuestros trenes de mica, vuestras lágrimas envueltas en celofán, vuestros corazones de bakelita, vuestros risibles y hediondos pies de hule, todo se funde y corre al llamado de guerra de las cosas, como se funde y se escapa con rencor el acero que ha sostenido una estatua.

Los marineros están un poco excitados. Algo les turba su viaje.

se asoman a la torre y escudriñan el aire.

se asoman a la torre y escudriñan el aire.

Pero no hay nada.

No hay peces, ni olas, ni estrellas, ni pájaros.

Señor capitán, ¿a dónde vamos?

Lo sabremos más tarde.

Cuando hayamos llegado.

Los marineros quieren lanzar el ancla,

los marineros quieren saber qué pasa.

Pero no es nada. Están un poco excitados.

El agua del mar tiene un sabor más amargo, el viento del mar es demasiado pesado.

Y no camina el barco. Se quedó quieto en medio del viaje

los marineros se preguntan ¿qué pasa? con las manos, han perdido el habla.

No pasa nada. Están un poco excitados.

Nunca volverá a pasar nada. Nunca lanzarán el ancla.

No había que buscarla en las cartas del naipe ni en los juegos de la cábala.

En todas las cartas estaba, hasta en las de amor y en las de navegar.

Todos los signos llevaban su signo.

Izaba su bandera sin color, fantasma de bandera para ser pintada con colores de sangre de fantasma,

bandera que cuando flotaba al viento parecía que flotaba el viento.

Iba y venía, iba en el venir, venía en el yendo, como que si fuera viniendo.

Subía, y luego bajaba hasta en medio de la multitud y besaba a cada hombre.

Acariciaba cada cosa con sus dedos suaves de sobadora de marfil.

Cuando pasaba un tranvía, ella pasaba en el tranvía; cuando pasaba una locomotora, ella iba sentada en la trompa.

Pasaba ante el vidrio de todas las vitrinas, sobre el río de todos los puentes, por el cielo de todas las ventanas.

Era la misma vida que flota ciega en las calles como una niebla borracha.

Estaba de pie junto a todas las paredes como un ejército de mendigos,

era un diluvio en el aire.

Era tenaz, y también dulce, como el tiempo.

Con la opaca voz de un destrozado amor sin remedio, con el hueco de un corazón fugitivo,

con la sombra del cuerpo

con la sombra del alma, apenas sombra de vidrio,

con el espacio vacío de una mano sin dueño,

con los labios heridos

con los párpados sin sueño,

con el pedazo de pecho donde está sembrado el musgo del resentimiento

y el narciso,

con el hombro izquierdo

con el hombro que carga las flores y el vino,

con las uñas que aún están adentro

y no han salido,

con el porvenir sin premio con el pasado sin castigo,

con el aliento,

con el silbido,

con el último bocado de tiempo, con el último sorbo de líquido

con el último verso del último libro.

Y con lo que será ajeno. Y con lo que fue mío.

Somos la orquídea del acero, florecimos en la trinchera como el moho sobre el filo de la espada,

somos una vegetación de sangre, somos flores de carne que chorrean sangre, somos la muerte recién podada que florecerá muertes y más muertes hasta hacer un inmenso jardín de muertes.

Como la enredadera púrpura de filosa raíz, que corta el corazón y se siembra en la fangosa sangre y sube y baja según su peligrosa marea.

Así hemos inundado el pecho de los vivos, somos la selva que avanza.

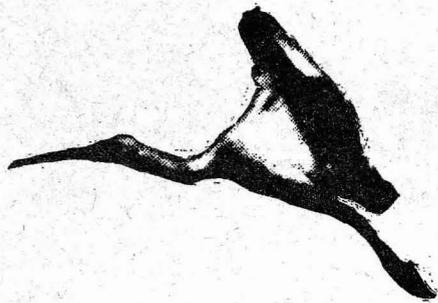
Somos la tierra presente. Vegetal y podrida. Pantano corrompido que burbujea mariposas y arco-iris. Donde tu cáscara se levanta están nuestros huesos llo-
rosos,

nuestro dolor brillante en carne viva, oh santa y hedionda la tierra nuestra, humus humanos.

Desde mi gris sube mi ávida mirada, mi ojo viejo y tardo, ya encanecido, desde el fondo de un vértigo lamoso sin negro y sin color completamente ciego. Ascendo como topo hacia un aire que huele mi vista, el ojo de mi olfato, y el murciélago todo hecho de sonido.

Aquí la piedra es piedra, pero ni el tacto sordo puede imaginar si vamos o venimos, pero venimos, sí, desde mi fondo espeso, pero vamos, ya lo sentimos, en los dedos podridos y en esta cruel mudez que quiere cantar.

Como un súbito amanecer que la sangre dibuja irrumpe el violento deseo de sufrir, y luego el llanto fluyendo como la uña de la carne y el rabioso corazón ladrando en la puerta. Y en la puerta un cubo que se palpa y un camino verde bajo los pies hasta el pozo,



hasta más hondo aún, hasta el agua,
y en el agua una palabra samaritana
hasta más hondo aún, hasta el peso.
Del mar opaco que me empuja
llevo en mi sagre el hueco de su ola,
el hueco de su huida,
un precipicio de sal aposentada.
Si algo traigo para decir, dispensadme,
en el bello camino lo he olvidado.
Por un descuido me comí la espuma,
perdonadme, que vengo enamorado.

Detrás de ti quedan ahora cosas despreocupadas, dulces.
Pájaros muertos, árboles sin riego.
Una hiedra marchita. Un olor de recuerdo.
No hay nada exacto, no hay nada malo ni bueno,
y parece que la vida se ha marchado hacia el país del
trueno.
Tú, que viste en un jarrón de flores el golpe de esta
fuerza,
tú, la invitada al viento en fiesta,
tú, la dueña de una cotorra y un coche de ágiles ruedas,
sobre la verja
tú que miraste a un caballo del tiovivo
y quedar sobre la grama como esperando que lo monta-
sen los niños de la escuela,
asiste ahora, con ojos pálidos, a esta naturaleza muerta.

Los frutos no maduran en este aire dormido
sino lentamente, de tal suerte que parecen marchitos,
y hasta los insectos se equivocan en esta primavera so-
nábula sin sentido.
La naturaleza tiene ausente a su marido.
No tienen ni fuerzas suficientes para morir las semillas
del cultivo
y su muerte se oye como el hilito de sangre que sale de
la boca del hombre herido.
Rosas solteronas, flores que parecen usadas en la fiesta
del olvido,
débil olor de tumbas, de hierbas que mueren sobre már-
moles inscritos.

Ni un solo grito. Ni siquiera la voz de un pájaro o de
un niño
o el ruido de un bravo asesino con su cuchillo.
¡Qué dieras hoy por tener manchado de sangre el ves-
tido!
¡Qué dieras por encontrar habitado algún nido!
¡Qué dieras porque sembraran en tu carne un hijo!

Por fin, Señor de los Ejércitos, he aquí el dolor su-
premo.
He aquí, sin lástimas, sin subterfugios, sin versos,
el dolor verdadero.
Por fin, Señor, he aquí frente a nosotros el dolor para-
do en seco.
No es un dolor por los heridos ni por los muertos,
ni por la sangre derramada ni por la tierra llena de
lamentos
ni por las ciudades vacías de casas ni por los campos
llenos de huérfanos.
Es el dolor entero.

No pueden haber lágrimas ni duelo
ni palabras ni recuerdos,
pues nada cabe ya dentro del pecho.
Todos los ruidos del mundo forman un gran silencio.
Todos los hombres del mundo forman un solo espectro.
En medio de este dolor, ¡soldado!, queda tu puesto
vacío o lleno.
Las vidas de los que quedan están con huecos,
tienen vacíos completos,
como si se hubieran sacado bocados de carne de sus
cuerpos.
Asómate a este boquete, a éste que tengo en el pecho,
para ver cielos e infiernos.
Mira mi cabeza hendida por millares de agujeros:
a través brilla un sol blanco, a través un astro negro.
Toca mi mano, esta mano que ayer sostuvo un acero:
puedes pasar en el aire, a través de ella, tus dedos!
He aquí la ausencia del hombre, fuga de carne, de miedo,
días, cosas, almas, fuego.
Todo se quedó en el tiempo. Todo se quemó allá lejos.